

les daba todo género de protección, y el príncipe Mauricio de Nassau pudo salir otra vez á campaña con una buena flota y un ejército de tierra de cerca de treinta mil hombres, con el cual amenazaba el interior de Brabante. El archiduque, y la corte de España por su consejo, parecían empeñados en sacrificar hombres y tesoros á la conquista de Ostende, como si de ella dependiera toda la gloria y todo el porvenir de la nación española. Dos hermanos genoveses, Federico y Ambrosio Espinola, ofrecieron al rey católico sus servicios para aquella empresa, y en verdad los prestaron importantes é inmensos. Federico Espinola, entendido y práctico en las cosas de mar, comprendió que nada podría adelantarse en aquel sitio sin destruir las fuerzas navales de Holanda y Zelanda en aquella costa. Con este objeto vino á Castilla, propuso al rey su pensamiento, y aceptado por el monarca y el duque de Lerma, diéronse seis galeras, con las cuales arribó felizmente á Flandes, y desde el canal de la Esclusa, haciendo atrevidas excursiones, causaba grandes daños á las naves enemigas. Pero viendo que no eran suficientes las seis galeras, volvió á Valladolid, pidió que se le reforzara con otras ocho, y diéronsele también, á costa de desatender á otras empresas en que el reino se hallaba empeñado. Esta vez fué mas desgraciado el Espinola en su regreso. Al salir del puerto de Santa María perdió dos de las galeras combatiendo con unos bajeles holandeses; otras tres perdió por la misma causa al pasar el Canal de la Mancha. Pero con las tres que le quedaron, unidas á las seis que allá tenía, continuó quebrantando el poder naval holandés en aquellas costas y canales, hasta que perdió la vida de un balazo combatiendo reciamente unos navios enemigos.

Su hermano Ambrosio, marqués de Espinola, hombre nacido para la guerra sin haberse ejercitado en ella á la edad de treinta años que tenía, que llegó á ser buen general antes de ser soldado, el marqués de Espinola, casi ignorado entonces, y que pronto había de ser celebrado como uno de los mas insignes guerreros de su siglo, había levantado en Italia, de acuerdo con el conde de Fuentes, gobernador de Milan, un cuerpo de ocho mil hombres, con los cuales se encaminó al campamento de Ostende, en ocasion que el archiduque con las muchas pérdidas que había sufrido hubiera tal vez tenido que abandonar el cerco sin la llegada de este socorro. Sin embargo ni uno ni otro pudieron impedir á Mauricio de Nassau apoderarse de la importante plaza de Grave. De gran daño fué también para el archiduque y Espinola la rebelion de un cuerpo de tres mil italianos, que encerrándose en Hoogstraeten, y alentándoles en la insurreccion el conde Mauricio, apretados por el archiduque y por huir de la severidad del castigo que merecían y con que los amenazaba, completaron el delito de infidelidad con la perfidia de alistar en las banderas del de Nassau. Grandemente sintió el marqués de Espinola esta infamia, pero lejos de caer por eso de ánimo, diéronse el archiduque y el marqués á reclutar y asoldar nuevos cuerpos de infantería y caballería en Italia y en Alemania (1603). El noble marqués gastaba en esto su rico patrimonio; el archiduque obtenía servicios extraordinarios de las provincias walonas; y la corte de España, viendo que no daba señales de sucesion el matrimonio de Alberto y de Isabel, y esperando que por lo mismo volverían pronto los Países Bajos al dominio de la corona de Castilla, hacia cuantos esfuerzos le permitía su pobreza para socorrer al archiduque con gente y con dinero.

Á pesar de todos estos sacrificios, lejos de adelantarse en el sitio de Ostende, la artillería y mosquetería de la plaza diezaban á centenares, á millares á veces, nuestros soldados, y las borrascas del mar solían destruir en un día las obras de meses enteros. Á vista de tanta mortandad y del ningun progreso que se había hecho en mas de dos años, vino al archiduque el feliz pensamiento de encomendar el sitio al marqués de Espinola. El encargo era tan honroso como difícil. El marqués vaciló, consultó, oyó los diversos pareceres que sobre las probabilidades de su resultado futuro le dieron los generales y maestros de campo, calculó con las dificultades de la empresa y con los medios de que podía disponer, y se resolvió á aceptarla (octubre, 1603). Grande era la carga que tomaba sobre sus hombros el improvisado general; grande el riesgo

de perder en breve tiempo la brillante reputacion que en breve tiempo también había ganado. Pero todo lo aventura con heroica resolucion el ilustre genovés. Las obras del sitio se ven avanzar desde que las dirige tan superior talento. Á ejemplo de tan activo general todos trabajan con ardor y con gusto. Sigue costando mucha sangre á los sitiadores, pero ya no cuesta menos á los enemigos, y de tal modo los aprieta el de Espinola, que los estados de las Provincias Unidas ven ya el peligro de perderse Ostende si no logran distraer el ejército sitiador hácia otra parte.

Entonces el príncipe Mauricio de Nassau, con todo el aparato de guerra y con toda la gente de tierra y de mar que pudo reunir, hasta el número de diez y ocho mil hombres, pasa á poner sitio á la Esclusa (abril, 1604), una de las conquistas mas difíciles que el duque de Parma había hecho hacia diez y seis años, y que defendía y gobernaba Mateo Serrano, oficial español de mucha reputacion. De tal manera se aventajó el de Nassau en el cerco de la Esclusa, que la puso pronto en manifiesto peligro. Y aunque de orden del archiduque pasó á socorrerla el general de caballería (que antes lo había sido de la artillería) Luis de Velasco, y aunque el mismo Espinola, vivamente solicitado por el archiduque, se movió de Ostende por acudir en su auxilio, nada bastó á evitar la pérdida de aquella plaza, casi tan importante como la de Ostende. Á los cuatro meses de cerco, reducidos por el hambre los valerosos defensores de la Esclusa casi al estado de cadáveres vivientes, y semejando á espectros en lo macerados y escualidos, se vieron forzados á rendirse, bien que no sin obtener un honroso concierto (agosto, 1604). Cuando salieron de la plaza, movía á compasion ver aquellas efigies de hombres, y en las dos cortas horas de camino que hay de la Esclusa á Damme cayeron muertos de necesidad mas de sesenta.

Vuelve el marqués de Espinola á Ostende con la ardiente resolucion de vengar allí la malhadada pérdida de la Esclusa. Infunde, trasmite su mismo ardor á los soldados de todas las naciones que trabajan en las obras del sitio, combate, mina, asalta, deshace ó toma fortificaciones enemigas; va reduciendo por palmos á los sitiados hasta que les falta terreno en que defenderse. El conde Mauricio de Nassau intenta, pero no se atreve á atacar á los sitiadores en medio de tantos canales, diques, trincheras y pantanos, temeroso de volver á perder la gloria que acababa de ganar en la Esclusa. Sangre española, italiana, alemana, borgoñona y walona mezclada y confundida enrojece y colorea las arenas y las aguas de los rios y canales que circundan á Ostende, pero ya no dan un paso atrás los sitiadores, avanzan siempre, y al cabo de mas de tres años que contaba ya aquel costosísimo asedio, obligan á los sitiados, que aun eran cuatro mil hombres sanos y vigorosos, á rendir la plaza (20 de setiembre, 1604), bien que con tan honrosas condiciones como podrian desear. Así terminó el memorable sitio de Ostende; memorable no tanto por sus consecuencias, puesto que entre tanto los enemigos se habían apoderado de otras plazas tanto ó mas importantes y útiles, cuanto por el empeño de tantas naciones, de las unas por tomarla, de las otras por mantenerla, por su mucha duracion, por los tesoros que allí se consumieron, y sobre todo por la sangre que se derramó, pues se calculó que perecieron en aquel sitio, entre sitiadores y sitiados, sobre cien mil hombres (1).

La capitulacion se cumplió, y los rendidos pasaron á la in-

(1) Bentivoglio, Guerras de Flandes, libro VII.—Grotius, Annales et Historia, lib. XIII.—Van Meteren, Historia de los Países Bajos.—Vivanco, Historia inédita de Felipe III, libro II.—Murieron de nuestra parte, dice Vivanco, mas de cuarenta mil soldados entre enfermos y heridos y de peste, y entre ellos mas de seis mil personas de cuenta, tanto capitanes, alférez, sargentos, oficiales mayores y maestros de campo, como entretenidos: de la parte del enemigo se tiene por relacion suya que pasaron los muertos de mas de setenta mil hombres y entre ellos siete gobernadores de la plaza, quince coroneles, quinientos sesenta y cinco capitanes, trescientos veintidos alférez, mil ciento ochenta y ocho tenientes, cuatro mil ciento noventa y ocho sargentos, nueve mil ciento ochenta y ocho cabos de escuadra, y pasados de nuevecientos marineros....» No sabemos de dónde pudo sacar tan minuciosa estadística el historiador ayuda de cámara de Felipe III.

mediata fortaleza de la Esclusa. La poblacion había quedado arruinada, y cuando entraron en ella los archiduques se quedaron asombrados de ver aquel laberinto de máquinas, de trincheras, de reductos, de puentes, de explanadas, de minas y de fortificaciones que constituían las obras de ataque. La fama del marqués de Espinola se extendió por toda Europa. Las aguas y frios de la estacion y el cansancio de tan ruda campaña pusieron una tregua tácita entre los ejércitos beligerantes, y ambos invernaron en sus respectivas plazas para reponerse de sus quebrantos y descansar de sus fatigas.

CAPÍTULO III

FLANDES

La tregua de doce años

DE 1605 Á 1609

Venida del marqués de Espinola á España.—Cómo fué recibido.—Vuelve á Flandes con refuerzo de tropas y socorro de dinero.—Campana de 1605.—Viene otra vez á España el de Espinola.—El reino no tiene dinero que darle.—Los comerciantes le anticipan fondos bajo la garantía de sus propios bienes en Italia.—Regresa á Flandes.—Campana de 1606.—Cansancio de la guerra por ambas partes.—Comienzo á tratarse de paz.—Quién y por qué conducto se hace la primera propuesta.—Condiciones que exigen las provincias rebeldes.—Conducta del rey, de los archiduques y de los estados flamencos en esta negociacion.—Intervencion de todas las potencias.—Mauricio de Nassau, fogoso partidario de la guerra.—El abogado Barneveldt, elocuente apóstol de la paz.—Nombramiento de plenipotenciarios.—Conferencias en la Haya.—Dificultades para la concordia.—Peligro de rompimiento.—Mediacion de los soberanos y embajadores inglés y francés.—Negociase el asentimiento del rey de España.—Intervencion de dos religiosos.—Trasládanse las pláticas á Amberes.—Ajústase el tratado.—Se firma y ratifica.—Capítulos de la famosa tregua de doce años.—Reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas.—Humillacion de España.

El tratado de paz celebrado en 1604 entre Felipe III y el rey de la Gran Bretaña, que así comenzó á titularse Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra; tratado que no alcanzaron á impedir los vivos esfuerzos que para contrariarle empleó Enrique IV de Francia por medio de su hábil ministro el célebre duque de Sully, enviado al efecto á Londres, donde distribuyó el valor de sesenta mil coronas en obsequios y regalos; aquel convenio, que con mas ó menos honra para nuestra nacion se hizo, puso término á la funesta guerra de tantos años entre Inglaterra y España; funesta, porque entre otros daños que nos trajo, ella fué la que quebrantó el poder naval en que antes España había aventajado á todas las naciones. En este tratado de paz recordará el lector que habían sido comprendidos los Países Bajos donde dominaba el archiduque Alberto, no obstante el compromiso que ya con cierta repugnancia había adquirido muy poco antes el rey Jacobo con el enviado de Francia y los de las Provincias Unidas de Flandes, de seguir protegiendo en union con el monarca francés á los protestantes y confederados flamencos.

Parece que los dos inmediatos efectos de aquella paz entre Felipe, Jacobo y los archiduques, debieron ser; primero, quedar debilitadas las Provincias Unidas, faltándoles los socorros que continuamente y desde el principio de la rebelion les habían estado suministrando los ingleses; segundo, quedar España mas desahogada de recursos, ya porque cesaban las costosas expediciones marítimas á aquel reino, ya porque cesaba también la persecucion incesante y activa que los navios ingleses hacían á nuestros bajeles en todos los mares, y era de esperar que llegaran con mas seguridad, abundancia y regularidad á los puertos de España los galeones destinados al transporte de las riquezas del Nuevo Mundo, antes asaltados, destruidos ó robados á cada momento, y espiados y perseguidos siempre.

Con la esperanza de obtener recursos para la prosecucion de la guerra de los Países Bajos, y también con la de recibir alguna recompensa en merecido premio de sus brillantes servicios, vino por primera vez á España el marqués de Espinola luego que dió feliz remate con la rendicion de la plaza al laborioso sitio de Ostende. Los reyes y la corte de Castilla

recibieron al ilustre genovés con las demostraciones de estimacion á que se había hecho tan acreedor por su inteligencia y denuedo y por sus generosos sacrificios. Honróle el rey con el toison de oro, le nombró general y gobernador de todas las armas en las provincias flamencas, y le dió la administracion de la hacienda en aquellos países para que la distribuyera del modo que le pareciera mas conveniente. Oídas las razones con que esforzó la necesidad que tenía de fondos para la manutencion y pago de las tropas, sin lo cual ni se acabarían nunca los motines ni sería posible continuar la guerra, pudo facilitársele por entonces una buena suma de dinero del que acababa de venir de América, con lo cual y con las órdenes que se dieron para levantar nueva gente de Alemania, y para que pasasen de Italia á Flandes dos tercios napolitanos, otro de lombardos, y otro por mar de españoles, regresó el de Espinola á los Países Bajos contento y satisfecho, y resuelto á emprender pronto la campana y á pasar el Rhin y llevar las armas españolas á lo interior del país enemigo (1605).

Mas no cogió á las provincias desprevenidas, y el príncipe Mauricio de Nassau andaba ya á principios de mayo (1605) por las márgenes del Escalda con cerca de diez y ocho mil hombres, con el designio de romper los diques é intentar un golpe sobre Amberes. A oponerse á sus movimientos y frustrar sus planes salió pronto el de Espinola, á lo cual le ayudó grandemente la llegada de los tercios italianos. Con menos fortuna el de españoles que iba á cargo de Pedro Sarmiento, tropezó en el canal de la Mancha con una flota holandesa, y embestidas por ella nuestras naves fueron apreadas las mas, y con ellas mucha parte de las tropas, y gracias que pudo Sarmiento arribar con el resto á Dunkerque. Pero con los tercios de Italia y las levas de Alemania tuvo bastante el de Espinola para emprender su plan de pasar al otro lado del Rhin, haciendo á Maestricht su plaza de armas. Puesto el marqués de la otra parte del rio, enderezase hácia la Frisia, y se apodera de Osdenzaal y de Lingen; las fortifica; construye algunos fuertes, destruye otros de los enemigos y repasa el rio. Poco despues el conde de Bucquoy se ensenorea de Wachtendorek en Güeldres, y hubieran los españoles extendido mas allá sus conquistas si las lluvias del otoño no les hubieran interrumpido en sus operaciones, obligándolos anticipadamente á retirarse á cuarteles de invierno y á prepararse para la campana de otro año.

Luego que el marqués la dejó allá concertada con el archiduque, vino otra vez el de Espinola á España á buscar nuevos socorros de dinero. En esta segunda venida no fué tan afortunado como en la primera. La flota de Indias había sufrido una borrasca y no se sabía de ella; y como el reino, en la miseria que interiormente le devoraba, no contaba con otros recursos que los que venían de allá, la misma causa que interpeca y dificultaba la traslacion de la corte de Valladolid á Madrid, segun dijimos en el capítulo I, imposibilitaba también el dar á Espinola los fondos que necesitaba y pedía. Sin ellos no se podía hacer la guerra, y el marqués estaba resuelto á abandonar el mando. En tal conflicto los ministros de Felipe III recurrieron á los comerciantes de Cádiz y de otros puntos invitándolos á que hicieran un anticipo, obligándose á su reembolso con los caudales que vinieran de América. Vergonzoso fué lo que en esta ocasion pasó en la poderosa España, en la nacion dominadora de dos mundos, y esto demuestra suficientemente lo que eran los gobiernos de los príncipes de la casa de Austria. Los comerciantes de Cádiz, no fiándose del gobierno, pusieron por condicion para hacer el empréstito que el marqués de Espinola les hubiera de responder con los bienes de su propio patrimonio en Italia. Los ministros de Felipe III no se avergonzaron de admitirla, el marqués de Espinola tuvo la laudable generosidad de aceptarla y de firmar la obligacion, y merced á este recurso pudo el marqués regresar con algunos fondos á los Países Bajos, donde llegó despues de haberse detenido por enfermedad algunas semanas en Italia.

Emprende con esto Espinola la campana de 1606. Repasa el Rhin, y entra en la provincia de Over-Issel; pero las lluvias ponen intransitables los caminos y le obligan á dirigirse hácia Zutphen; entrégasele Locken, y rinde por fuerza á Grol y á Rhinberg. En el sitio de esta última ciudad trabajó heroica-

mente el de Espinola, y se vió en gran peligro; y á ejemplo de su jefe superior se condujeron bizarramente los generales Bucquoy y Velasco, el duque de Osuna, los príncipes de Palestrina y de Caserta, los marqueses de Est y de Bentivoglio, y compitieron en arrojo las tropas italianas, walonas, alemanas y españolas. El príncipe Mauricio intentó recobrar á Grol, pero el de Espinola con su celeridad y su intrepidez le obligó á levantar el cerco. El sitio de Rhinberg y el socorro de Grol levantaron la fama militar de Espinola y le acabaron de granjear la mas alta consideracion en Europa.

Cuando en tal estado se hallaba la guerra, habiase comenzado ya á sentir por ambas partes cierto deseo de reposo, nacido del natural cansancio que tenían que producir cuarenta años de guerra incesante, y cuarenta y seis de intranquilidad y turbacion en aquellas desgraciadas provincias. Aunque el marqués de Espinola habia alcanzado algunos triunfos notables en las últimas campañas, sin embargo no habian correspondido ni á sus esperanzas ni á sus grandes designios. Veía que la España no podia soportar la sangría abierta de tan inmensos gastos; mucho menos las provincias que le obedecian; la falta de dinero daba ocasion ó pretexto á continuos motines, que sobre la indisciplina, la desmoralizacion, los robos, los desórdenes y calamidades que producian, podrian llegar á desconcertar, como mas de una vez estuvo ya cerca de suceder, la máquina entera del ejército. La distancia de España hacia difícil y costosísimo el socorro de hombres y de dinero. La situacion de las provincias confederadas favorecía á su defensa; y ello es que despues de tantos años de lucha al parecer desigual, la pujanza de los insurrectos habia ido creciendo, y no solo se sostenian allí, sino que por mar desafiaban ya los holandeses el poder marítimo de España. Mandábalos allí un general valeroso, hábil y querido de los suyos. El marqués de Espinola comprendía que estaba expuesto á perder ó á gastar la brillante reputacion que habia ganado, y el marqués de Espinola deseaba la paz. Es notable que un general victorioso apeteciera la conclusion de la guerra; pero el marqués de Espinola, al mismo tiempo que buen general, era amante del bien y hombre de discrecion y de talento, y conocia y queria lo que muchos años antes que él hubieran debido conocer y querer los reyes y los ministros de España.

Las provincias obedientes habian ya mostrado en muchas ocasiones su deseo de venir á acomodamiento con sus antiguas hermanas, y bien necesitaban descansar para reponerse de tantos esfuerzos y quebrantos. Y al archiduque Alberto, que lejos de gustar las dulzuras no habia probado sino los sinsabores de su soberanía casi nominal, no le desagradaba la idea de concierto. Entendiéronse bien en esto el archiduque y el marqués; mas era una dificultad la manera de proponerlo y tratarlo, por lo que la reputacion y el amor propio padecian, y lo que se ensoberbercian los rebeldes, que casi nunca habian querido dar oídos á pláticas de paz, habiendo de ser ellos los primeros á moverlas, exponiéndose á una repulsa humillante.

Parecióles buen intermediario el padre Fr. Juan Ney, comisario general de la orden de San Francisco, residente en Bruselas, que habia estado algun tiempo en España y tenia muchos amigos holandeses, y era hombre muy acepto á los naturales del país, y muy adecuado para semejantes manejos. Tomó sobre sí el buen religioso la mision de explorar la disposicion de los estados por medio de un mercader holandés, hombre de cuenta y grande amigo suyo. La respuesta de las Provincias Unidas fué poner por primera condicion para tratar de cualquier concierto el reconocimiento de su libertad é independencia. Repugnábale al archiduque la condicion que le imponian, pero creyó que la necesidad exigía ceder á ella por las consideraciones que antes hemos expuesto, y de todo dió cuenta á España. Hallaron sus razones buena acogida en el rey y en su primer ministro, de modo que con su consentimiento resolvió enviar al mismo comisario general á la Haya á hacer la propuesta en el Consejo de los estados generales. El resultado de esta mision fué acceder las Provincias á una suspension de armas por ocho meses á comenzar desde mayo próximo (1607), declarando los archiduques en escritura particular que convenian en la suspension de hostilidades con las

Provincias Unidas, como con provincias y Estados libres, sobre los que no tenían pretension alguna. Este tratado le habia de ratificar el rey de España dentro de tres meses. La publicacion de este primer paso produjo en los pueblos de ambas partes grandes demostraciones de alegría (1).

En este intermedio una escuadra holandesa de veintiseis buques de guerra habia acometido y tenido un recio y sangriento combate en la bahía de Gibraltar con una flota española de veintium bajeles, mandada por don Juan Álvarez Dávila. Ambos almirantes, el español y el holandés, murieron en la refriega, pero la armada española quedó toda destruida, con pérdida de mas de dos mil hombres, y la holandesa pasó á las Azores á esperar, como de costumbre, los navios mercantes que venian de la India. Con motivo de este contratiempo el archiduque insistió con los estados de las Provincias Unidas en que el armisticio se entendiera tambien en lo tocante á la guerra de mar, á lo cual accedieron no sin alguna dificultad y repugnancia los estados.

Volvió á poco tiempo á Bruselas el padre Ney, que habia venido á España á negociar la ratificacion de Felipe, la cual iba redactada en términos generales y en forma tal que desde luego se sospechó no habia de ser bien recibida de las orgullosas provincias. En efecto, llevada á Holanda por el secretario del archiduque, Verreiken, rechazáronla como inadmisibile, ya por no contener la cláusula explicita de su independencia, ya por titularse en ella á los archiduques príncipes de los Países Bajos, ya por estar firmada *Yo el Rey*, como acostumbraba á firmar entre sus súbditos, y por otros semejantes reparos. Menester le fué á Verreiken valerse de toda su discrecion y prudencia, y asegurarles de la buena intencion del archiduque y del rey de España, y prometerles que dentro de seis semanas llegaría una segunda ratificacion en términos tan explicitos como ellos podrian apeteer, para que en aquel momento no quedaran rotas las negociaciones. Exigieron ellos que el documento hubiera de ir escrito en latin, en francés ó en flamenco, y firmado con el propio nombre de Felipe, y para evitar toda ambigüedad dieron á Verreiken la minuta del documento en las tres lenguas. De esta manera humillaban ya unas pocas provincias rebeldes al soberano y á la nacion que habia sido por mas de un siglo y debia continuar siendo la mas grande de la tierra. Hizo no obstante Felipe III su segunda ratificacion, en la cual declaraba ya la libertad de las Provincias, pero incluía ciertas condiciones en materia de religion, iba en lengua española, y la firmaba *Yo el Rey* como la primera. Grandes altercados y debates produjo este segundo instrumento en el Consejo de los estados; desechábanle unos con soberbia altivez, proponiendo que se contestara con nueva declaracion de guerra; defendíanle otros como admisible, bien que con la protesta de que en el tratado no se estipularia nada contrario á su libertad; y despues de acalorados discursos en pro y en contra se despachó á los comisionados diciéndo que las Provincias harian saber á su tiempo su determinacion.

Noticiosas ya de estos tratos las potencias de Europa, todas quisieron intervenir y tomar parte en ellos, llevando cada cual sus particulares fines y miras, segun sus especiales intereses. El emperador Rodolfo II de Alemania, Enrique IV de Francia, Jacobo I de Inglaterra, y hasta el rey de Dinamarca, y el Elector Palatino, y el de Brandenburg, y el landgrave de Hesse, y otros príncipes alemanes, todos se movieron, y todos enviaron sus embajadores á Holanda, de modo que se hizo ya cuestion verdaderamente europea. Trabajábase con ardor, se celebraban frecuentes reuniones, se pronunciaban fervorosos discursos, cada cual se creía con mayor derecho á intervenir

(1) En la relacion de este importante acontecimiento seguimos en lo sustancial á un buen testigo presencial de todas las negociaciones que mediaron, á saber, al cardenal Bentivoglio, el cual escribió una historia particular de ellas. «En aquel mismo tiempo (dice este autor) fui yo nombrado para la nunciatura de Flandes, y llegué á Bruselas puntualmente cuando sucedió la suspension de armas.»—«En este estado (dice despues) se hallaban las cosas que se trataban en Flandes cuando yo llegué á Bruselas, que fué al principio de agosto del mismo año de 1607. Y no se podrá decir cuán alborozados estaban los ánimos en todas partes con la esperanza del efecto que se habia de seguir...»

en la negociacion, y uno de los que ejercian mas influencia para con los holandeses era el embajador francés: tanto este como el de Inglaterra aspiraban á que sus soberanos se hicieran por lo menos necesarios al rey de España como precisos mediadores.

A la cabeza del partido contrario á toda idea de concordia ó transaccion se hallaba el príncipe Mauricio de Nassau, al cual y al príncipe de Orange su padre debian en verdad los confederados el gran poder que habian adquirido. Este insigne general, que tanto habia trabajado por la independencia de los Estados, que con tanta reputacion desempeñaba el mando superior de las armas, que acaso aspiraba como su padre al principado de las Provincias, y que temia descender con la paz de la alta consideracion á que la guerra le habia elevado á él y á su familia, toda colocada en los primeros puestos militares, era un apóstol fervoroso contra las negociaciones de acomodamiento. En un discurso que pronunció en el Consejo de los estados generales declamó con vehemencia contra los engaños y artificios que decia ocultar la insidiosa política de España en aquellas propuestas y negociaciones; que su intencion era adormecerlos con aquellos tratos para subyugarlos y tiranizarlos mejor cuando los vieran desaparecer, mientras la España reparaba sus quebrantadas fuerzas y reponia su agotado tesoro; que hartó demostraba su mala fe en el tortuoso manejo de aquella negociacion, y en los términos ambiguos y capciosos de las dos ratificaciones, escritas ambas en lengua española, cuya verdadera fuerza y sentido no podian los flamencos comprender bien, para envolverlos tal vez en un lazo. Y sobre estas alegó otras no menos fuertes razones, concluyendo por aconsejar la continuacion de la guerra, y por exhortar á sus compatriotas á ser libres, puesto que para serlo no necesitaban de la declaracion del rey. Causó gran sensacion este discurso en el Consejo, y no dejó de mover los ánimos de muchos.

Pero habló despues el abogado general de la provincia de Holanda, Juan Barnevelt, elocuente orador y excelente patriota, y con tal fervor y con tan sólidas razones demostró la necesidad y las ventajas de la paz, ó por lo menos de una larga tregua que permitiera á las Provincias reponerse de las pérdidas y de los sacrificios de tan prolongada lucha, que aun suponiendo que la España no la propusiera de buena fe, todavía seria conveniente aceptarla. «Porque si un día los españoles, decia, quisieran resucitar sus pretendidos derechos sobre nosotros, ¿qué perjuicio podria resultarnos? Serian ellos por ventura los jueces de esta causa? En tal caso acudiríamos al tribunal del mundo, y tambien al juicio de las armas, donde los ejércitos en casos tales dan las sentencias, y por la mayor parte la justicia consigue las victorias. Y así poco importa que sean sinceros ó engañosos sus fines, como entonces no nos puedan oprimir con sus fuerzas. De este peligro es menester que sobre todo nos procuremos asegurar, y esto consiste en uno de dos remedios, ó continuar la guerra creciendo con ella nuestras necesidades, ó acabarla con algun acuerdo de que se pueda esperar ver siempre mejor aseguradas nuestras cosas.» Estas y otras razones del ilustre abogado, escuchadas con religioso silencio, parecieron tan convincentes, que despues de algunas consultas se determinó por los estados generales aceptar la ratificacion; y como hubiese espirado ya el plazo de la suspension de armas, se prorogó de nuevo por una y otra parte hasta la conclusion del tratado, y se procedió á la eleccion de plenipotenciarios tratadores.

Señalóse para celebrar las conferencias la ciudad de la Haya, con gran disgusto y amargas quejas de los españoles, que con razon exclamaban: «¿Es posible que España haya llegado á tal grado de abatimiento y de degradacion que hayan de ir nuestros diputados á la casa de los propios enemigos, y no hayan de venir siquiera ellos á una ciudad nuestra para tratar de paz?» Pero á todo accedieron las córtes de Madrid y de Bruselas. Los diputados por parte del archiduque fueron el general marqués de Espinola, el presidente Richardott, y los secretarios Mazididor y Verreiken, á los cuales se agregó el padre Ney: las Provincias nombraron un diputado por cada una, siendo entre ellos los mas notables el conde Guillermo de Nassau, el de Brederode, y el célebre abogado Barnevelt, el

grande apóstol de la paz, espíritu y alma de la negociacion. En febrero (1608) se reunieron todos en la Haya, y verificados los poderes comenzaron las conferencias.

Propusieron los confederados que el primer artículo fuese el reconocimiento de la independencia absoluta de las Provincias Unidas, con renunciacion de parte del rey y del archiduque de pretender nunca ningun derecho sobre ellas, absteniéndose de usar título, escudo y armas reales. Por arrogante y dura que pareciera esta condicion á los españoles, despues de muchos debates concluyeron por admitirla los archiduques, siempre que en compensacion de este sacrificio se abstuvieran las Provincias de toda especie de comercio y navegacion en las Indias. A su vez pareció á los holandeses dura é inadmisibile esta cláusula, y sobre ella hubo fuertes y acaloradas contiendas; y como ni unos ni otros quisiesen ceder sobre este punto, propusieronse diferentes partidos conciliatorios, que tampoco fueron adoptados. En vista de tantas dificultades acordaron los archiduques enviar á España al comisario Ney para dar cuenta al rey de lo que pasaba, y con sultarle especialmente sobre el punto del comercio de Indias. Otro de los mas difíciles de arreglar era el concerniente á la religion, pretendiendo los españoles el libre ejercicio de la católica en las Provincias, y negándose los confederados á admitir esta propuesta que miraban como sospechosa (1). Iguales disputas surgieron sobre restitucion ó permuta de las plazas y territorios recíprocamente tomados durante la guerra. El padre Ney tardaba en volver de España, y entre tanto el monarca francés ajustó un tratado de confederacion con las Provincias Unidas, sincerándose con la corte de Madrid so pretexto de facilitar mejor por aquel medio la paz de que se trataba. Con esto logró Enrique IV su antiguo intento de hacerse necesario al rey de Castilla.

Viendo los diputados de las Provincias que las pláticas se dilataban indefinidamente y que el padre Ney no llegaba, apretaban por que se les diese una respuesta categórica. La que se les dió fué, que el rey accedia al reconocimiento de su independencia, pero siempre que ellos por su parte renunciaran á la navegacion de las Indias, y permitieran en sus países el libre ejercicio de la religion católica. Agriéronse ellos de tal modo con esta contestacion, que la negociacion de la paz estuvo á punto de romperse, á lo cual empujaba con todo género de esfuerzos el príncipe Mauricio. Entonces el rey de la Gran Bretaña reclamó tambien su derecho de mediacion, que Felipe III aceptó igualmente que la del francés, enviando al efecto embajadores á Paris y á Londres (2). En su virtud los de Francia é Inglaterra propusieron al Consejo de los estados á nombre de sus reyes una tregua larga, sobre la base del reconocimiento de su independencia y de la libre navegacion de las Indias, y lo mismo propusieron á los diputados católicos. Estos no lo recibieron del todo mal; aquellos consultaron á las Provincias, de las cuales las mas se adhieron gustosas, á excepcion de Zelanda, donde mandaba con suprema autoridad el príncipe Mauricio, y la ciudad de Amsterdam en Holanda. Grandemente y con tanta discrecion como esfuerzo trabajó el presidente Jeannin, representante de Francia, por cortar esta discordia, que estuvo muy en peligro de producir una ruptura, hasta que consiguió reducir á los zelandeses. Ayudáronle tambien con sus buenos oficios encaminados al mismo fin los embajadores de Inglaterra.

Faltábales negociar el asentimiento del rey y de la corte de España, que repugnaban otorgar las condiciones de independencia y de libre navegacion para una nueva tregua, y no para una sólida paz. A vencer este nuevo obstáculo dirigieron con toda eficacia sus gestiones aunadamente los plenipotenciarios inglés y francés. En el mismo sentido esforzaba sus razones el archiduque para con el rey su primo. A este inten-

(1) «A este efecto, dice el cardenal Bentivoglio, yo no habia faltado de hacer eficacísimos oficios con los archiduques... y sin duda debian haber procurado las Provincias Unidas tener satisfechos á los católicos que en ellas vivian; pero prevaleciendo con los herejes que gobernaban el odio contra la religion católica... etc.»

(2) A Paris fué el marqués de Villafranca don Pedro de Toledo, á Londres don Fernando Giron, que se hallaba entonces en Flandes.